

duque de Alenzon. Así no podía quedar ya duda respecto al Estado y situación de las provincias insurrectas, que levantándose á una sobre tal inundación de sangre y bajo tal diluvio de fuego, proclamábanse independientes y ceñían á sus robustas sienes la corona de sus conquistados derechos.

Turbulento y ligero el de Alenzon; acostumbrado á conspirar desde sus primeros años en las sociedades secretas del tiempo y á intrigar en las cortes y en los palacios, tomó el reinar como una intriga más y como una conspiración maquiavélica contra el mismo pueblo que le había confiado la guarda de sus derechos. Despedido y desahuciado por la reina Isabel de Inglaterra, quien le dió promesa, pero no anillo de boda, marchóse con poca esperanza en el amparo y auxilio de tan poderosa dama desde Lóndres á Flesinga, para fijarse después en Amberes. Y cuenta que bien merecía otro proceder pueblo que no solo engendraba héroes, sino heroínas como Felipa de Lalain, la cual, por vengar la muerte de su hermano, sostuvo el sitio puesto por Alejandro Farnesio á la ciudad de Turnay con denuedo, mereciendo el rivalizar en valor y paciencia, ella, débil y hermosa mujer, con tan ilustre y consumado general. Varias, y aun opuestas las alternativas de una guerra tan larga, sobrevió trágico accidente al príncipe de Orange, accidente que pudo tener terribles consecuencias. Al concluir un banquete, siniestro y taimado asesino le disparó certero pistoletazo haciéndole caer en el suelo sin conocimiento con las mejillas atravesadas y los dientes rotos. Ligero y ambicioso el de Alenzon, cogido en mil enredos y mentiras, con aires de calavera y de traidor, imputáronle á una los de Amberes la tentativa de asesinato, y quisieron sacrificarle á él, después de haber descuartizado al asesino. Y lo sacrificaran, si Orange, volviendo en sí, no interpusiera como escudo el propio pecho entre la persona del príncipe y la cólera del pueblo. Indigno ciertamente de tal defensa el cuidado, porque tornadizo é inquieto, sin género alguno de conciencia moral ni de instinto político, se confabuló con sus tropas, á fin de que lo proclamaran absoluto monarca sobre los privilegios destrozados de Flandes, aquellos privilegios resistentes á la omnipotencia del soberbio Felipe. Tal grito de rebelión produjo una matanza de franceses en Flandes semejante á las Vísperas Sicilianas de Palermo; y Alenzon mismo hubiera muerto degollado si Orange, con la triple corona de mártir, héroe y estadista, no salvara la material áurea

corona del mezquino rey con su precaria vida, teniendo la enemistad tan terrible de Francia é Inglaterra y la restauración inmediata por ende allí, en sus antiguos dominios, del poder y del nombre de los Austrias.

Un nuevo convenio celebrado por marzo del año 1583 renovó el pacto entre la persona del duque de Alenzon y los privilegios de las Provincias Unidas. Farnesio no podía desconocer la gravedad inmensa de las disidencias, ni desaprovecharlas para su causa. Reforzado por nuevos envíos de tropas siguió su reconquista, empleando en ella una celeridad vertiginosa. Su empuje resultó de tal manera violento y su fortuna de tal manera próspera, que ya no quedaba en el ánimo de Orange, tan lleno de recursos, otro asidero sino la protección de Francia é Inglaterra. Mandó, pues, al soberano, que le debía la vida y gobernaba en su nombre, hácia Paris en busca de auxilios; y el soberano murió en el camino, por la fragilidad de su complexión debilísima según unos, y según otros por la ponzoña de un bebedizo. Imposible referir las confabulaciones de aquel siglo para urdir crímenes políticos y la facilidad con que se creía en corrosivos y extraordinarios venenos. Tres veces quisieron matar á don Juan de Austria y dos veces á don Alejandro Farnesio. Un emponzoñador de oficio se presentó al representante de España, don Bernardino de Mendoza, en Paris, y le prometió envenenar al de Orange con una sustancia tal que le secara los sesos y le consumiera y acabara sin dejar del crimen alevoso ningún rastro. No se necesitaba por cierto de tales maravillas en centuria de tanto fanatismo. La cabeza del príncipe se hallaba por Felipe II á precio puesta, y no había de faltar en Europa quien se arriesgase á cercenarla. Y en efecto, cierta noche lo asesinó un flamenco llamado Gerard, disparándole á boca de jarro un tiro en el corazón.

La muerte de Orange inspiró á Farnesio el deseo vivísimo de continuar la guerra y le obligó al sitio de Amberes. No ya las historias en sus páginas, los poemas en sus versos jamás hallarán cerco tan parecido á lo fabuloso por los esfuerzos sobrehumanos de una y otra parte, y sobre todo, de parte de los españoles. Surgieron moles parecidas á montañas como si las hubiera producido en su creador afán la vívida naturaleza; cambiaron de curso los ríos esguazados por numerosas tropas; sobre las olas movedizas alzaronse formidables fortalezas y bajo las arenas de los mares se abrieron profundas

minas; como si el arte de un hombre solo hubiera superado las invencibles resistencias de la materia y cambiado con los esfuerzos de su tenaz brazo las fatalidades inevitables de la imperiosa gravedad. Farnesio apareció, no solo como un general, sino tambien como un audaz ingeniero de primer orden. Su pensamiento de lanzar un puente sobre las dos riberas del Escalda parecia un sueño; y sin embargo lo lanzó. Necesitando maderas en cantidades fabulosas, tomó la tierra de Termondey se las procuró á toda costa en grande abundancia. Los mas conocedores de aquel territorio exclamaban que tanto sufriria el Escalda los grillos de un puente como los flamencos el yugo de un Austria. Y, en efecto, empresa temeraria en todo tiempo encadenar entre los azares de una guerra y los fuegos de un sitio caudaloso rio con dos mil cuatrocientos piés de anchura y sesenta de profundidad. Pero lo cierto es que adelantaba la fortaleza erigida para sostener la obra; y que caia Gante, ciudad hermana de Amberes en poder de Farnesio con todos sus recursos. Y los diques propios para la defensa de los españoles se rompieron á tiempo; y se ahondaron zanjas de catorce millas destinadas á desaguar las corrientes contrarias á los sitiadores; y se pusieron en fila treinta y dos naves que protegieran la obra; y, á los siete meses, quedó concluido aquel portento, destinado en el ánimo de Parma ó bien á ser el sepulcro para su cadáver ó bien á ser el camino para su Amberes. Los de adentro inventaron máquinas infernales, una de las que mató mas de setecientos soldados y destruyó una parte del puente; pero, al ver la facilidad con que Farnesio reconstruia su maravilloso artificio y repoblaba sus menguadas legiones, rindiéronse á su esfuerzo. Felipe II recibió de noche aquella fausta noticia en el Escorial; y yendo al cuarto de su hija Isabel, díjole sencillamente: «Amberes nuestro,» celebrando al amanecer en el coro aquella victoria con regocijo mayor que celebrara otras veces las victorias de San Quintin y de Lepanto.

Conocieron las Provincias Unidas que no podian prevalecer sin auxilio extranjero, y pensaron en sumar á sus fuerzas propias las fuerzas extrañas de una gran potencia. Llevados de tal idea recurrieron á Enrique III de Francia; y como este no les diera sino vanas palabras, recurrieron despues con mayores instancias aun á Isabel I de Inglaterra. Arreglóse, por fin, una cordial alianza con esta última nacion; y el resultado fué un pronto envío de refuerzos ingleses

dirigidos por el célebre favorito de la reina, conde de Leycester. Quinientos nobles le acompañaban; y su recibimiento se pareció al recibimiento de los antiguos vencedores romanos, por lo solemne y fastuoso. Leycester tomó el título de gobernador supremo y capitán general, que las Provincias Unidas le ofrecieron; y esto disgustó mucho á la reina. Pero mas debía disgustarla el proceder de su favorito, no libertador, tirano; sin respeto á ningun derecho y sin sujecion á ninguna ley; arbitrario en sus acuerdos, déspota con los naturales, soberbio ante los nobles, malversador del público erario; y tan torpe general como infiel guardador de la autoridad puesta en sus manos por el pueblo. Afortunadamente negocios de su reina y de su reino le llamaron á Inglaterra, y permitieron traspasar el poder á Mauricio de Nassau. Sitió entonces Farnesio la ciudad de Ostende, como antes habia sitiado la ciudad de Amberes; y volviendo Leycester de Inglaterra, fué á socorrerla, y tuvo que retirarse, roto y maltrecho, á su refugio de la independiente Holanda. Cayó la Esclusa, cayó Gueldres; y Leycester, despues de haber mostrado su incapacidad militar, se volvió á Inglaterra, constreñido á tan extraño regreso por las órdenes de Isabel, quien le mandó renunciar á su triste y deshonroso gobierno.

Felipe II hubiera llegado, ó bien á entenderse con la Provincias Unidas, de admitir el principio mas repugnante á su conciencia, el principio de la libertad religiosa; ó bien á una dominacion mas ó menos fuerte, de concentrar allí todo su poder y todo su ejército. Mas tolerante en los negocios de Estado con las Provincias Unidas que con ninguna otra de las varias porciones de su imperio empeñadas en porfías por conservar su libertad, cedia en todo, menos en lo relativo á la tolerancia, cuya eficacia hubiérale conservado el predominio político, si le hacia perder la unidad religiosa. Intratable por sus arraigadas convicciones en este extremo, tuvo contra sí una idea revolucionaria, no vencida por su padre Carlos V, é hizo de los rebeldes á su autoridad política héroes y mártires de la nueva fe. Tal error gravísimo de doctrina se agravó, á su vez, con otro error gravísimo de política. Felipe II no queria que los Borbones semi-herejes en religion y heridos por nuestra conquista de Navarra, en donde tuvieron su nido, reinaran en Francia, como no queria que reinara en Inglaterra la hija de Ana Bolena, la bastarda de los Tudores.

Y si las tropas de tierra que mandó contra Enrique IV de Francia y la invencible armada que mandó contra Isabel I de Inglaterra, las mandara contra las Provincias Unidas, sometiéralas de seguro, sujetas por la fatalidad de su poder y de su fuerza. Pero su dogmatismo religioso no le permitía consentir que la doctrina calvinista se asentase á sus anchas en Holanda; que la doctrina luterana se subiese sin sus protestas al trono de Inglaterra; que la doctrina semi-herética del hugonote convertido por una corona terrenal á un catolicismo bien poco exaltado se apoderase de Francia; y á este dogmático empeño de su fe, inmoló implacable la integridad de su corona patrimonial, como habia sacrificado, implacable Abraham, sin emisario y ángel del cielo que lo contuviese, la existencia misma de su primogénito. Las provincias valonas, con las cuales no tuvo disentimientos religiosos, quedaron bajo su dominio; pero las Provincias Unidas, con las cuales su dogmatismo le impedía todo acomodamiento, alcanzaron una completa independencia. Entregó el fragmento de corona salvado del naufragio á su hija Isabel Clara Eugenia, casándola con triste archiduque de Austria; pero ni con esto siquiera evitó la guerra, pues tuvimos que hacer en favor de aquel feudo ajeno á nosotros tantos sacrificios como los que hicimos para conservarlo cuando formaban parte integrante de nuestro propio Estado. En Mauricio de Nassau encontramos un enemigo tan formidable como en su predecesor Guillermo de Orange. Gastamos nuestras riquezas en dispendios inútiles por aquella tierra donde habíamos vertido la sangre mas pura de nuestras venas y el oro mas rico de nuestras arcas. Tres años sostuvimos el sitio de Ostende; y solo alcanzamos que nuestro marqués de Espínola se granjeara nombre tan glorioso como el nombre de nuestro duque de Parma en el sitio de Amberes. Pero al fin nos contentamos con guardar para los príncipes descendientes de nuestros dominadores las provincias valonas que nos habian de costar aun muchos sacrificios, y reconocimos la independencia de las Provincias Unidas en cuyo seno se organizó una República que, consagrando el principio de la revolucion religiosa, señaló tambien el comienzo de nuestra irremediable decadencia. Una idea y solo una idea venció toda nuestra fuerza.

CAPITULO XVI

CONSECUENCIAS DE LA REACCION UNIVERSAL

La revolucion y la reaccion religiosas, esas dos fuerzas vivas en conflicto continuo durante la décimasexta centuria, no habian de tener en parte alguna conflictos tales como en Francia, nacion extendida al centro de Europa, y por lo mismo, punto capital, donde se arremolinaban, como en trombas, las ideas en lucha. El Protestantismo predominaba en el Norte de Alemania con vigor tan grande como el Catolicismo en España. Suiza, dividida en cantones muy ortodoxos como Lucerna y Friburgo, cantones muy revolucionarios como Neuchatel y Ginebra, tenia separados estos cantones y divididos en pequeñas nacionalidades, por lo cual no podia surgir la discordia religiosa con la fuerza interior y los accidentes varios que en la unida y compacta Francia. Inglaterra misma, donde los profundísimos cambios del siglo décimosexto dieran lugar á tantas peripecias, veia sucederse con regularidad estas peripecias, y no coincidian atropelladamente como en Francia. Tras el catolicismo exaltado del Rey teólogo, aquel enemigo implacable de Lutero, sobrevino el anglicanismo egoista de ese mismo apasionado monarca, híbrido producto de sus pasiones en cólera mas que de sus ideas en ejercicio. Al anglicanismo del octavo Enrique sucedió el exaltado luteranismo de su heredero; al exaltado luteranismo de éste sucedió la reaccion violenta de María tan cruel como imprudente; á la reaccion de María la revolucion de Isabel, no sin vacilaciones é incertidumbres, y con oposicion radical á los exagerados en la nueva fe; pero aquí halló Inglaterra su base inmovible y la firme piedra sobre cuya solidez se asientan y descansan las altas instituciones his-